

Juan Carlos Moreno Cabrera

**LA DIGNIDAD E IGUALDAD
DE LAS LENGUAS**

CRÍTICA DE LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA

Segunda edición

Alianza Editorial

Primera edición: 2000
Primera reimpresión: 2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Carlos Moreno Cabrera, 2000, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2016, 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-138-2
Depósito legal: M. 22.090-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A Jesús Tusón, cuyos libros han fortalecido e incrementado
mis defensas contra el mal de lenguas*

Son del todo inútiles los intentos de relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas paralelas de desarrollo cultural. Bien visto, esos paralelismos no existen. Basta una ojeada para confirmar nuestro argumento. En todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas, simples y complejas. Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el último porquerizo de Macedonia, y Confucio con el salvaje cazador de cabezas de Assam.
(E. SAPIR, *El lenguaje*)

Nos podemos malentender usando la misma lengua y podemos comunicarnos usando lenguas distintas. Todo depende de si existe o no un proyecto de entendimiento que vaya más allá del lenguaje.
(J. A. MARINA, *La Selva del Lenguaje*)

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	13
PRÓLOGO	15
1. ¿QUÉ ES LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA?	19
2. UNA SOLA ESPECIE HUMANA Y UNA SOLA ESPECIE LIN- GÜÍSTICA	21
3. LAS LENGUAS DE SEÑAS	41
4. EL ORIGEN DEL LENGUAJE HUMANO	53
5. LA ESENCIA DE LAS LENGUAS	55
6. LENGUA NATURAL Y LENGUA CULTIVADA	61
7. LENGUA Y DIALECTO	71
8. MITOS SOBRE LA DIVERSIDAD DE LAS LENGUAS	101
9. EL CHOVINISMO LINGÜÍSTICO	107
10. LA EXCELENCIA DE LOS TIPOS LINGÜÍSTICOS	113

11. LENGUA, SOCIEDAD Y MENTALIDAD <i>PRIMITIVAS</i>	123
12. LA INCREÍBLE LENGUA DE LA TRIBU DE LOS PIRAHÃS....	137
13. LA FACILIDAD Y DIFICULTAD DE LAS LENGUAS	149
14. LA IRREGULARIDAD DE LAS LENGUAS NATURALES	171
15. EL NÚMERO DE HABLANTES DE LAS LENGUAS	181
16. LOS IDIOMAS LOS HACE EL PUEBLO	185
17. LENGUA ESCRITA Y LENGUA HABLADA.....	197
18. LÉXICO E IDIOMA	219
19. EL ORIGEN DE LAS LENGUAS GRANDES ES MUY HUMIL- DE.....	231
20. LITERATURA E IDIOMA.....	235
21. LENGUAS EN PELIGRO Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA	249
22. PARA UNA LINGÜÍSTICA RESPONSABLE	263
23. CONCLUSIÓN.....	269

APÉNDICES

A. CIEN MITOS, PREJUICIOS Y TÓPICOS SOBRE LAS LEN- GUAS	273
B. LENGUAS EUROPEAS EN PELIGRO.....	303
C. LA VARIEDAD DEL INGLÉS EN INGLATERRA.....	313
D. LITERATURA INDÍGENA.....	317
Comentario gramatical de un cuento popular chucoto.....	317
Comentario de un poema akano	324

E. EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS LINGÜÍSTICOS.....	331
BIBLIOGRAFÍA.....	335
ÍNDICE DE AUTORES	349
ÍNDICE DE LENGUAS	353

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Se cumplen quince años desde la aparición del presente ensayo y, ante la posibilidad de una nueva reimpresión, he optado por revisar, ampliar y poner al día el texto original, con la esperanza de dar un nuevo impulso a una obra que ha tenido una favorable acogida durante toda la primera década del siglo xxi.

Respecto de las ampliaciones, se han añadido tres nuevos capítulos. El nuevo capítulo 3 trata sobre las lenguas señadas. La mención de estas lenguas naturales en la primera edición es escasa y claramente insuficiente. No se debería poder hablar de la dignidad e igualdad de las lenguas marginando o dejando de lado las lenguas de señas. Por eso, he creído imprescindible darles el lugar que merecen en la presente obra.

El nuevo capítulo 6 introduce, explica y ejemplifica la distinción entre *lengua natural* y *lengua cultivada* que he presentado y desarrollado en diversos artículos y libros posteriores a la primera edición de la presente obra y que me parece que puede ser de mucha utilidad para clarificar, matizar y potenciar los argumentos dados en este libro en favor de la igualdad de las lenguas. Además, he revisado todo el texto original para adecuarlo a esta dicotomía.

El nuevo capítulo 12 está dedicado a la lengua pirahã. El supuesto primitivismo de la gramática de esta lengua saltó a la palestra de los medios de comunicación españoles en un artículo de periódico publicado en 2007 titulado «La increíble lengua de la tribu de los pirahãs»; y recientemente, ha salido publicada en español una monografía (Everett 2014), la mitad de cuyas páginas está dedicada también a esta lengua y en la que se argumenta a favor del carácter excepcional de su gramática. Es, pues, perentorio y obligado examinar los argumentos que se aducen para intentar probar que la gramática de esta lengua es primitiva o está menos desarrollada sintácticamente que la de las demás. Los contraargumentos que se dan en este capítulo constituyen una buena ejemplificación del tipo de razonamiento que se puede aplicar desde la perspectiva igualitaria que se adopta en este libro.

El libro ha sido revisado en su totalidad, se han hecho pequeños cambios para mejorar la redacción y la argumentación y se ha puesto al día conceptual y bibliográficamente.

No quiero terminar esta presentación sin dar desde estas páginas las gracias a todas las personas que han leído y usado el libro de diversas maneras, que lo han utilizado como guía u orientación o que han matizado, criticado o puesto en cuestión las ideas que se defienden en él.

Especialmente, quiero agradecer su interés a quienes han tenido la generosidad de hacer una reseña de la primera edición del libro. Hago una enumeración de todas aquellas personas cuya reseña ha llegado a mi conocimiento: M. Fernández Ferreiro (*Revista Galega de Fololoxía*, 2000, 1: 215-218), E. Battaner Moro (*Revista de Hispanismo Filosófico*, 2001, 6: 162-164), J. de la Villa (*Revista Española de Lingüística*, 2001, 31, 1: 208-211), J. A. Millán (*El País*, 26 de Agosto de 2000), V. Demonte (*El Cultural*, 22 del 11 de 2000, 20-21), R. Ribes (*Revista de Filología Valenciana*, 2002, 9: 259-263), A. de Miguel (*Revista de Libros*, 2001, 54: 24-26).

Juan Carlos Moreno Cabrera
Madrid, junio de 2015

PRÓLOGO

Los científicos del siglo XIX creyeron que los aborígenes australianos eran el eslabón perdido entre el mono y el hombre. Hoy en día sabemos que todos los seres humanos de cualquier rincón del planeta pertenecemos exactamente a la misma especie (*Homo sapiens sapiens*) y lo sabemos porque nuestros conocimientos antropológicos son mucho más exactos que los que había el siglo pasado. Una vez aceptado esto, todavía hay quienes piensan que, a pesar de todo, los aborígenes australianos o de otros lugares de nuestro planeta son inferiores culturalmente a nosotros y esto se refleja en que sus lenguas son menos complejas, flexibles, ricas y potentes que las nuestras. Se sabe que el ser humano habita Australia desde hace por lo menos sesenta mil años y que ha estado prácticamente aislado en ese continente hasta el siglo pasado. Por ello, se puede decir sin temor a equivocarse que los aborígenes australianos están entre los pueblos más antiguos de la tierra. El estudio científico de las lenguas indígenas australianas se ha producido a mediados del siglo pasado. Las lenguas autóctonas australianas que se han descrito hasta la fecha presentan una estructura de un grado de complejidad fonética, mor-

fológica, sintáctica y semántica del todo equiparable al de nuestras lenguas europeas. El supuesto primitivismo cultural de los aborígenes australianos no se corresponde en absoluto con un primitivismo lingüístico. Ese presunto primitivismo no se puede demostrar en términos lingüísticos, tal como se puede comprobar estudiando los documentados libros de R. M. W. Dixon sobre las lenguas australianas (Dixon 1980 y 2002). Lo mismo hay que concluir a partir de los estudios científicos actuales de las lenguas aborígenes de otros lugares: desde América hasta Nueva Guinea, pasando por África.

De hecho, puede afirmarse que una de las aportaciones fundamentales de la lingüística actual es haber puesto de manifiesto que no existen lenguas primitivas. Ello indica que a una única especie humana (*Homo sapiens sapiens*) le corresponde una única especie lingüística, que hemos de denominar lengua humana.

De aquí se deduce que la valoración jerarquizadora de las lenguas humanas no puede basarse en criterios lingüísticos, que la discriminación lingüística no puede justificarse gramaticalmente, por más que a veces se oigan cosas como «esa lengua es muy difícil», «aquella lengua no es útil», «esa lengua es más perfecta que ésta», «aquella lengua no es de cultura», «esa lengua no es de comunicación», «esta lengua es más apta para la literatura que aquella otra», «esa lengua es poco apta para la poesía o el amor», «aquella lengua suena mal, es desagradable», «esa lengua es léxicamente más rica que ésta» y tantas y tantas otras.

En este libro vamos a someter a crítica algunas ideas que se hacen públicas, a veces en toda su crudeza, y que parecen estar muy arraigadas en muchas personas en tanto que prejuicios que sirven para evaluar la lengua que hablamos y las lenguas que hablan otras personas. La existencia de prejuicios se puede explicar por la aplicación irreflexiva de una serie de valores que tenemos asumidos o que nos han hecho asumir, a terrenos en los que no tiene sentido utilizarlos.

Se podría sospechar que las personas especialistas en el estudio del lenguaje, por el mero hecho de serlo o de ser reconocidas como tales, estamos libres de esos prejuicios sobre las lenguas. De entrada, hay que decir que, como cualquier otra persona, no estamos tampoco

libres de los prejuicios sobre la evaluación de las lenguas. Vivimos, estudiamos y enseñamos dentro de la sociedad que a menudo nos apoya y nos pide consejo. No somos impermeables a todos los prejuicios que en ella imperan y no debemos avergonzarnos por ello. Nuestra supuesta distancia científica al objeto de estudio no nos hace inmunes a esos prejuicios. En este libro vamos a ver algunos ejemplos de esto.

Por ello, el presente libro no quiere ser un manifiesto en el que quienes estudiamos la lingüística ponemos en evidencia todos los errores conceptuales que la gente no especialista tiene sobre el lenguaje humano; más bien quiere resaltar el hecho de que muchos de esos juicios de valor que creemos exclusivos de la gente no entendida están representados de forma a veces más sutil en algunas de las aportaciones de los estudiosos del lenguaje. La diferencia está en que aparecen más solapados y disimulados y aparentemente más razonados. Por ello, esos juicios de valor disfrazados de análisis neutrales y objetivos son infinitamente más peligrosos que los juicios ingenuos y simples de los no especialistas. El objetivo de este libro es poner esto de manifiesto no sólo para los lingüistas, sino también para el público en general.

Más que ningunos otros especialistas, tenemos la obligación de desenmascarar y combatir esos prejuicios sobre las lenguas para colocar a todas ellas en pie de igualdad a pesar de las grandes diferencias culturales, políticas, económicas, demográficas, sociales e incluso lingüísticas que van asociadas a ellas.

Es absolutamente imprescindible demostrar que la idea del igualitarismo lingüístico se plantea, no como un prejuicio que no se basa en lo que la lingüística moderna sabe sobre los idiomas conocidos, sino como una deducción razonada que se realiza a partir de esos conocimientos acumulados durante siglos. El objetivo principal de este libro es aportar análisis teóricos y prácticos que hagan evidente esa deducción científica.

Las lenguas del mundo son muy diferentes en su apariencia, pero la moderna lingüística ha ido mostrando cómo debajo de esa aparentemente indomeñable diversidad se esconden los mismos principios

básicos, los mismos mecanismos gramaticales¹, los mismos procesos estructurales, los mismos objetivos comunicativos, expresivos o imperativos. El ser humano nace preparado para adquirir de modo natural la lengua que se hable en su entorno; esto es posible gracias a esa base común de la que acabamos de hablar. Esa base hace posible que podamos insistir en la igualdad de las lenguas.

Quiero agradecer a Carmen Junyent, Elisa Garrido González y Luisa Martín Rojo los comentarios y observaciones que hicieron a un borrador preliminar de este libro, así como la ayuda que en su composición me han prestado Théophile Ambadiang, Muhammad el-Madkouri y Joan Argente.

¹El libro de M. Baker (2001) es una interesante aproximación al estudio de las unidades y procesos universales a partir de los cuales se puede generar la gramática de cualquier lengua del mundo.

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES LA DISCRIMINACIÓN LINGÜÍSTICA?

Entendemos por discriminación lingüística toda aquella actitud hacia las lenguas o variedades lingüísticas que se base en la idea de que éstas se pueden clasificar en tipos y que existen diferencias entre esos tipos, que pueden justificar la concepción de que unas son superiores a otras total o parcialmente.

El siguiente párrafo es un diagnóstico suficientemente ilustrativo:

Desde el principio de este libro, hemos señalado que no sólo juzgamos las lenguas mediante calificativos inapropiados, sino que, además, por una tendencia quizá en primera instancia natural aunque luego mantenida, la persona humana suele considerar su propia lengua como la mejor. Y, en numerosos casos, esta tendencia suele llevarle a pensar que es deseable que otros compartan ese bien. La consigna de Nebrija haciendo a la lengua compañera del Imperio no fue, en este sentido, fórmula retórica, ni probablemente ha dejado de serlo. Las ideologías diglósicas antes vistas no son, por ello, sino manifestaciones de un fenómeno más general: el que concierne la relación lengua e ideología, que suele manifestarse a través de nuestros juicios de valor sobre las lenguas. (K. Rotaetxe Amusatogui 1990: 76.)

La discriminación lingüística que puede pasar más inadvertida y, por tanto, contra la que conviene estar siempre en guardia es la que se esconde detrás de ciertas afirmaciones aparentemente objetivas sobre la hechura gramatical y fonológica de las lenguas humanas. El campo del estudio de las estructuras lingüísticas parece a primera vista ser un nivel demasiado objetivo y ajeno a las contingencias socio-políticas, como para poder estar influido por éstas.

Igual que es difícil ver cómo puede influir la ideología en el estudio de la estructura interna del átomo¹, también parece difícil entender cómo pueden influir determinados prejuicios en el análisis del sistema fonológico de una lengua.

La historia de la lingüística nos demuestra que ni la lingüística más pura y objetiva es inaccesible a la influencia de prejuicios discriminatorios, como veremos. Por ello, es absolutamente imprescindible poner de manifiesto cualquier atisbo de contaminación ideológica severa de los discursos aparentemente objetivos de la ciencia lingüística para que no se presenten como verdades científicas y como éxitos del conocimiento humano, lo que no es más que una justificación interesada y parcial de un prejuicio ideológico que nada tiene que ver con una verdad científica objetivamente demostrable.

La tesis fundamental de este libro es que no tenemos conocimiento científico de ninguna característica lingüística que permita determinar si una lengua, dialecto, variedad lingüística o habla es mejor o peor (más útil, más rica, más flexible, más adecuada, más avanzada o evolucionada, etc.) que otra, ya sea parcial o totalmente. De esta tesis se deduce que ninguna clasificación de las lenguas que sirva para establecer una prelación de excelencia de las mismas tiene base científica.

Tampoco se deben utilizar estos criterios para marginar a un hablante o comunidad lingüística por razones de lengua ni para inducirle un menosprecio de su propio idioma.

¹ Es muy conocido el modelo planetario del átomo propuesto por E. Rutherford a principios del siglo pasado, en el que los electrones se mueven alrededor del núcleo atómico como los planetas se mueven alrededor del Sol. Sin embargo, los desarrollos actuales de la física cuántica han modificado sustancialmente este modelo.

CAPÍTULO 2

UNA SOLA ESPECIE HUMANA Y UNA SOLA ESPECIE LINGÜÍSTICA

Todos los seres humanos pertenecemos a la misma especie: *Homo sapiens sapiens*. Las diferencias entre ciertos rasgos físicos que les sirven a algunos para proponer una clasificación en razas son superficiales y biológicamente insignificantes. La antropología y biología modernas han comprobado empíricamente estos extremos. Esas diferencias se derivan de diversas adaptaciones climáticas de nuestra especie y, por tanto, proceden del exterior y no del interior de la propia naturaleza humana. Hoy sabemos que el clima no determina ninguna propiedad esencial del ser humano. Esto es lo que se quiere decir cuando se afirma que todos los seres humanos somos iguales, y no que todos los seres humanos midamos 1,75 y seamos de piel blanca¹.

El concepto de raza no es aplicable, pues, a los humanos, ni siquiera puede definirse objetivamente, como dicen los Cavalli-Sforza:

¹ Sobre este asunto puede consultarse la sencilla y brillante exposición de Cavalli-Sforza (1996: 1-40).

No existe una constancia que satisfaga adecuadamente la definición corriente de raza [...] Podemos encontrar clasificaciones recientes en las que se enumeran de 3 a 60 razas. Puestos a precisar, se podrían contar muchas más, pero no se ve la utilidad. Todas estas clasificaciones son igual de arbitrarias. (L. y F. Cavalli-Sforza 1993: 246-247.)

La conclusión de estos autores sobre el particular es bastante significativa:

La verdad es que en la especie humana el concepto de raza no sirve para nada. La estructura de las poblaciones humanas es sumamente compleja y varía de unas regiones a otras, de unos pueblos a otros. Siempre hay gradaciones, debidas a las continuas migraciones dentro y fuera de las fronteras nacionales, que impiden realizar separaciones netas. (L. y F. Cavalli-Sforza 1993: 254.)

A la vista de todo esto, no merece la pena que gastemos ni un minuto más de nuestro tiempo en este concepto.

Al igualitarismo humano hay que asociar el igualitarismo lingüístico, que se puede derivar directamente de lo que la moderna ciencia lingüística ha averiguado sobre la estructura de las lenguas del mundo. Hay autores, sin embargo, que niegan explícitamente esto:

El igualitarismo es doctrina aplicable a los hombres, pero no en absoluto a los idiomas. Los idiomas son objetos esencialmente desiguales, son instrumentos de utilidad mensurable y a sus colisiones no se les deben aplicar jamás los mismos criterios que sirven para resolver los conflictos entre personas. (G. Salvador 1992: 97.)

Vamos a mostrar en este libro que ninguno de los criterios que se han esgrimido para hacer distinciones esenciales entre las lenguas justifica la concepción de que los idiomas son esencialmente desiguales. Nuestros conocimientos lingüísticos actuales nos llevan exactamente a la conclusión contraria. Nos conducen inexorablemente a un igualitarismo esencial unido a una gran variación individual, igual que en el caso del ser humano.

Es conveniente señalar que la igualdad no supone uniformidad; que la igualdad es compatible con la diversidad. Dentro del ser humano, el sexo, la altura, el color del pelo, la anchura de hombros, la forma de la cara, la forma de la nariz, el color de los ojos o el peso hacen que no haya dos individuos exactamente iguales: el ser humano muestra una diversidad enorme, pero eso no impide que todos, absolutamente todos los humanos pertenezcamos a la misma especie. La igualdad de especie no significa la uniformidad e identidad absoluta en los atributos de dicha especie. Como en los demás aspectos de la naturaleza, la variación es ley general y ubicua. No hay dos árboles iguales, dos piedras iguales o dos mariposas exactamente iguales.

Uno de los postulados básicos de este libro es que todas las lenguas del mundo pertenecen a la misma especie de sistema comunicativo y que ello no impide que haya diferencias muy notables entre los diversos individuos, las lenguas, que pertenecen a esa especie.

En efecto, ésta ha sido una de las constataciones más importantes de la moderna ciencia lingüística, si no la más importante: la comprobación de que todas las lenguas que se han estudiado pertenecen a la misma especie de sistema comunicativo. En uno de los estudios más brillantes que se han realizado recientemente sobre la variedad lingüística del mundo, J. Nichols nos dice:

Aunque la lingüística no tiene un concepto análogo a la noción biológica de especie, se puede afirmar con seguridad, hablando informalmente, que las lenguas y los linajes lingüísticos se relacionan entre sí como lo están individuos o grupos emparentados de una especie biológica, y no como especies de un mismo género. (J. Nichols 1992: 277. Traducción de JCMC.)

Haciendo caso omiso de la metáfora biológica, J. Nichols concluye lo siguiente:

Esta investigación no ha descubierto prueba alguna de que el lenguaje humano haya cambiado en general desde el estado más temprano recuperable con el método usado aquí. Hay simplemente diversidad,

distribuida geográficamente. Lo único que ha cambiado de modo demostrable desde el primer estadio de la humanidad es la distribución geográfica de la diversidad. (J. Nichols 1992: 277. Traducción de JCMC.)

Esta obra de Nichols, uno de los mejores estudios sobre la variedad lingüística del planeta, viene a confirmar la idea, mantenida por muchos de los lingüistas² actuales, de que todas las lenguas actuales son de la misma naturaleza, que es una de las tesis básicas de este libro.

El peligro de aplicar metáforas biológicas a la lingüística, cosa que se viene haciendo al menos desde el siglo XIX, consiste en confundir el cambio lingüístico con la evolución lingüística.

La evolución lingüística es el proceso mediante el cual surgen las lenguas humanas con las características con que las conocemos y una de esas características es precisamente el cambio lingüístico. No hay que pensar que la evolución del lenguaje se realiza a través del cambio lingüístico³. Es bastante evidente, para un lingüista al menos, que si aplicamos los mecanismos del cambio lingüístico a un lenguaje animal nunca podríamos llegar a obtener un lenguaje más evolucionado, cercano al humano.

No sabemos con certeza cuáles son los pasos que convierten un embrión de lenguaje humano en lenguaje humano⁴; sin embargo, sí tenemos una idea bastante más clara de cómo cambian las lenguas, de los mecanismos de cambio lingüístico. Es esencial tener en cuenta que ninguno de estos mecanismos modifica *esencialmente* una

² Sobre la necesidad de distinguir el cambio lingüístico de la evolución lingüística véase J. C. Moreno Cabrera y J. L. Mendívil Giró 2014: 63-68 y J. L. Mendívil Giró 2015: capítulo 7.

³ Algunos lingüistas, sin embargo, consideran este igualitarismo lingüístico como un dogma negativo y nefando (G. Salvador 1988: 82) y tan perjudicial potencialmente como el dogma contrario (F. J. Manjón Pozas y J. D. Luque Durán 1997: 218).

⁴ Un excelente y accesible estado de la cuestión sobre la evolución del lenguaje humano puede leerse en J. Aitchison 1996. Más recientemente, es muy recomendable el libro de A. Benítez y Lluís Barceló 2015.

lengua natural. Se han producido muchos cambios desde el latín vulgar al español, pero tanto un idioma como el otro son lenguas naturales con todas las características que se exigen a un sistema de comunicación humano para que se le pueda calificar de tal.

En un libro titulado precisamente *Linguistic Evolution* (M. L. Samuels 1972) y dedicado al cambio lingüístico, el autor nos aclara lo siguiente:

Sin embargo, «evolución» se presta al malentendido de que hay implicado algún tipo de progreso, de que se ha llegado a consecuencia de ella a un medio de comunicación más claro o más efectivo. *No empleamos aquí este sentido de «evolución»*. No vamos a tratar de los orígenes prehistóricos del lenguaje humano y, como se ha observado a menudo, no hay hoy día lengua «primitiva» alguna; toda lengua tiene un valor aproximadamente igual *para los propósitos para los que se ha desarrollado*, ya pertenezca a una cultura avanzada o primitiva. (M. L. Samuels 1972: 1. Traducción de JCMC.)

Es claro que *evolución* no ha de entenderse como sinónimo de *mejora* o *perfeccionamiento*. La evolución puede ser también deterioro. La evolución del ser humano puede llevar a éste a su perfeccionamiento, pero también al peor de sus resultados posibles: la autodestrucción.

En consecuencia con esta idea, la relación entre cambio lingüístico y evolución de las lenguas podría ser una de las siguientes (cfr. J. Aitchison 1991: 10):

- El cambio lingüístico mejora evolutivamente las lenguas.
- El cambio lingüístico empeora evolutivamente las lenguas.
- El cambio lingüístico no afecta evolutivamente a las lenguas.

Admitir la primera posibilidad significa postular que las lenguas antiguas están evolutivamente menos avanzadas que las modernas. No existe ni un solo dato hoy en día sobre nuestro conocimiento de las lenguas del pasado que pueda apoyar esta idea. Pensar que el español es una lengua más evolucionada que el latín está hoy fuera de lugar.